

El segundo tomo deberá comprender el paseo por Bélgica, Países-Bajos, y márgenes del Rhin hasta la vuelta á España. Algo ménos conocidos son estos países para la generalidad de los españoles que la Francia, y de consiguiente algo mas curiosa podrá ser tambien su descripcion. Si Dios me permite escribir este segundo volúmen, y si me concede poderlo hacer con ménos precipitacion y mas aplomo, quizá consiga que salga tambien algo ménos desaliñado. Así lo quisiera, lector carísimo, tu reconocido y devoto hermano

FRAY GERUNDIO.

VIAJES

DE

FRAY GERUNDIO.

R. A. Bellard.

LA SALIDA DE MADRID.

Era la noche del 16 al 17 de Agosto de 1841; el sol y la ley habian sufrido eclipse aquel dia; parcial é invisible el uno, total y visible la otra. La luna nueva habia entrado á las nueve y cuarto de la noche, y á la misma hora habia salido Tirabeque de la celda con los aprestos de viajar; el equipaje y la Capillada 363 quedaban en prensa, el uno en la vaca de la silla de posta y la otra en la imprenta de la calle del Sordo; hacia una hora que San Roque y San Jacinto, que estuvieron de guardia el dia 16, habian dejado la consigna á San Pablo y Santa Juliana que entraban el 17; los latigazos y voces del mayoral José María interrumpieron las campanadas del reloj del Buen Suceso que sonaban la una, y á esta hora en punto arrancó el coche de la MALA de la casa de Correos con la redaccion de Fray Gerundio junta y entera via torcida de Francia.

Las causas de esta salida pertenecen ya á la historia, y punto redondo.

Fumando el conductor, voceando el mayoral, durmiendo Tirabeque, y envuelto yo en mi capote y en mis pensamientos, llegamos á Alcobendas á la hora en que se levantan los aldeanos y se acuestan los de la Corte, sin haber despertado Tirabeque hasta que extrañó la falta de movimiento del coche que paró cerca de una especie de venta. — «¿Qué es esto, señor?» preguntó bostezando. — ¿Qué ha de ser? le dije; que en atención á haber sido robado hácia este sitio el último correo, parece que aquí nos

paramos á tomar escolta de un destacamento de infantería que de resultas ha dispuesto el Gobierno establecer aquí. — Señor, segun esto todavía estamos en España. Y diga Vd., mi amo; el robar una vez el correo en un sitio ¿ es señal de que en aquel sitio y no mas estará el peligro siempre?

El ruido del carruaje que volvió á rodar me impidió darle la respuesta. Un cabo y un soldado á pié que se volvió á los cien pasos, en lo cual obró con la prudencia de un general, constituian nuestra nueva escolta. Yo le pregunté á Tirabeque si un tal refuerzo de infantería no le parecia oportunísimo para quien va corriendo la posta; pero él, picado sin duda de que no hubiera contestado yo á su pregunta anterior, calló como un cartujo, ó bien creyó prudente dejar la respuesta al gobierno.

Las siete nos dieron en la aldea de Venturada á los 33 años justos de haber sido quemada por los paisanos de M. Salvandy en su retirada de Madrid. Entrámos en las ásperas sierras de la Cabrera; enseñé á Tirabeque el ex-convento de franciscanos que se deja á la izquierda, de no muy grata recordacion para cierto título de Castilla, que probó allí las delicias del claustro y las dulzuras del gobierno absoluto; dimos vista al famoso *Pico de la Miel*, que en lo del *pico* pudiera bien apostárselas al mas charlatan sacamuélas ó al mas palabrero diputado, pero en lo de *la miel*, por mi padre San Francisco que así tiene usurpado el atributivo como esos que se suelen decir *pico de oro*, y no le tienen sino de muy mediano ó ínfimo metal. Pasámos por entre aquellos inmensos montones de sueltas piedras, tan desordenadamente por la naturaleza unas sobre otras colocadas, como yacen en nuestros interminables fárragos hacinadas al desgaire nuestras leyes; y llegámos á desayunarnos á Buitrago.

Modelo de Administracion.

La calle por que teníamos que entrar en aquella antigua y sonora villa estaba en reparacion, y tres maderos colocados á su embocadura en forma de horca caudina intimaban la prohibicion de entrar por allí los carruajes. Sin embargo, el intrépido zagal, que en su escurpulosidad por la observancia de las leyes parecia un subdelegado del gobierno, comunicando á las mulas sus enérgicas órdenes acompañadas de interjecciones expresivas, se entró de rondon, y conquistámos á Buitrago en Agosto de 1844 con mas decision y en ménos tiempo que pudo conquistarla de los

moros D. Alonso VI de Castilla en 1083. Nadie se metió con el atropellador: en España el que acomete vence, aunque sea un zagal.

Allí manifestaron el mayoral y Tirabeque su desco de desayunarse, en cuya virtud entrámos en la posada de Presas, y echando mano Pelegrin al chocolate que iba de repuesto mandó hacer dos pocillos. Tomados estos y pedida la cuenta, resultó importar cuatro reales, lo cual escandalizó á Tirabeque y dió ocasion á serias contestaciones entre el posadero y él. — « ¿ Cómo qué? decia Pelegrin rebotando de ira; ¿ con que aquí la administracion cuesta largas dos terceras partes mas del valor del capital? — Sí señor, respondió Presas, y en esto no hago mas que acomodarme al sistema de administracion que felizmente nos rige.

Á tal contestacion nada tuvo Tirabeque que replicar, convencido de que aquel Presas no era sino uno de tantos Presas de nuestra administracion; satisfizo el pedido, y continuámos nuestro viaje.

Somosierra.

Creo que ningun español que tenga entrañas de sentir y alma española podrá ver sin dolor y sin compasion el triste y miserable cuadro que ofrecen á su vista los infelices pueblos y los no ménos infelices habitantes del país y puerto de Somosierra. Aquellas ahumadas cabañas, aquellas chozas ó tugurios que llaman casas, aquellas mujeres envueltas en toscos sayales, aquellos niños desnudos, aquellas abareas de cuero á medio adobar que los hombres se ajustan á las piernas con correas del mismo género, aquellos pálidos y macilentos semblantes en que sin necesidad de inscripciones se leen el hambre y la miseria, no pueden ménos de excitar sensaciones dolorosas é impresiones de amargura y compasion.

Lamentábame, yo Fray Gerundio, de aquellos desgraciados, y oyéndome Tirabeque repuso: « la verdad, señor, yo no sé por qué estos ciudadanos han de estar así, porque ellos han tenido Estatuto, ellos han tenido Constitucion del 12, ellos tienen ahora Constitucion del 37, ellos han tenido gobiernos moderados, ellos han tenido gobiernos exaltados... Señor, yo no sé que les puede faltar ni que mas pueden apetecer. — Ay, Pelegrin, Pelegrin! exclamé: eso prueba bien lo poco que se han ocupado, lo nada que han cuidado unos y otros de mejorar la suerte de los infelices pueblos, que ¡ojalá en esto y no en fatigosas é interminables cuestiones y quisquillas de partido hubieran pensado alguna vez! — Ande

Vd., señor, que estas gentes no van á los Ministerios ni se dejan ver en los salones de las Córtes. — ¿Pero no los ve alguna vez el Ministro que pasa por aquí, ó el diputado que viaja por estos lugares? — Si señor, pero los ven de prisa y paran poco la atención; y aunque los vean, llegan luego á Madrid y..... ya sabe Vd., la virtud del agua de la Cibéles.

Distrayéronnos algun tanto de estas reflexiones las cristalinas aguas que se deslizan de aquellas tierras, que en otra parte servirian para fábricas y manufacturas y allí sirven para cristalizar é inutilizar el camino en tiempo de invierno, y tropezando con la venta de Juanilla advertimos que habíamos salido ya de la provincia de Guadalajara y entrado en la de Segovia.

Y prosigue su camino.

Á nadie le importará mucho saber si comimos bien ó mal en Castillejo, sino á la empresa de postas, y á esta supongo yo que le bastará saber que se podia comer mejor. Ni el viajero tiene gran cosa que observar en Boceguillas, Fresnillo, Serezuela, Carávias, Honrubia y Milágnos, sino los pocos milagros que nosotros hemos hecho con tantos y tan limpios riachuelos y torrentes como de aquellas colinas se desgajan, y cuyos caudales, nosotros los españoles como bastante acaudalados ya, dejámos correr en plena libertad sin coartársela de modo alguno con esos estorbillos que llaman fábricas con que suelen tiranizar las aguas los tontos de los extranjeros.

Al mismo tiempo que nos alcanzó á nosotros la noche alcanzámos nosotros á Aranda de Dueró. Si como era Fr. Gerundio hubiera sido Cervántes, me hubiera alegrado mas de entrar en aquella antigua villa, bastara que hubiese nacido en ella su casi único protector el arzobispo de Toledo D. Bernardo de Sandoval y Rójas. No me pesó sin embargo el verla, aunque á média luz, y mucho ménos el que se nos agregaran allí dos hermanos Arandinos con el niño Moisés (1), los cuales cenando juntos en Bahabon tuvieron la bondad de ocuparse en hablar de Fr. Gerundio y Tirabeque recordando algunas de sus capilladas, sin que ellos supiesen, ni por la imaginacion se les pasara, ni nosotros nos diéramos por entendidos de que Fr. Gerundio era el que les es-

(1) Hago aquí mención de este Moisés, porque como verán mis lectores en el discurso de estos viajes, parece que estoy destinado á viajar con nombres del antiguo testamento.

taba haciendo plato, y Tirabeque el que cuidaba de suministrar el vino.

La noche me impidió ver, al pasar por Lerma, el palacio de los Duques, y por consecuencia el sitio en que Felipe V en 1722 entregó á la infanta D.^a Mariana para esposa del rey Luis XV de Francia; justamente de aquel reyecito dichoso, cuyos papeles nos trae ahora el Sr. Salvandy para dorarnos su tenacidad en no querer presentar sus credenciales de embajador al regente de España sino precisamente á la reina Isabel, pues dice que así lo hizo entónces el embajador español con el susodicho niño Luis XV, siendo regente del reino el duque de Orleans, que por cierto que el tal antecesor del amigo Luis Felipe tuvo ingeniatura para acomodar sus dos hijas con los dos Infantes hijos de nuestro Rey, á la manera que su descendiente mi amigo habrá calculado mas de una vez, y acaso estará calculando ahora mismo, endosarnos algunos de sus hijos (libraños, señor, de todo mal, por mas que ellos sean unos guapos muchachos) con nuestra Reinita, que por lo visto le viene de familia la tendencia á estos enlaces y conyugios. Y volviendo al Sr. Salvandy..... pero volvamos á nuestro camino, que no es este el lugar de ocuparnos de Salvandy, y capilladas tiene nuestra reverencia que sabrán ocuparse de él.

Fuimos pues dejando atras á la antigua Térmes, y la salida del sol nos proporcionó ver á lo léjos las torres de Búrgos, pero aqui me permitirán mis lectores descansar un poco, porque llevo andadas cuarenta y una leguas mortales, que me parece una jornada regular.

Entrada y salida de Búrgos.

Yo te saludo, patria del Cid y de Fernan González, cuna de Pedro el Cruel y del tercer Enrique, de Lain Calvo y Nuño Rasura, de la primera Leonor, y de san Julian, obispo de Cuenca..... — Y de san Lésmes su limosnero, señor, que si santo fué el amo, no lo fué ménos su Tirabeque, y tan burgales fué el uno como el otro, y sin quitar la gracia de la santidad al obispo, mas gracia encuentro yo en que llegara á ser santo el que le administraba la hacienda, que tengo para mí que no se aviene muy bien la santidad con el oficio de administrador de la hacienda de otro, á lo ménos en estos tiempos que nosotros tocamos.

Así interrumpió Tirabeque el saludo que al divisar las agujas de la catedral de Búrgos dirigia yo Fr. Gerundio lleno de emocion, á la antigua capital de Castilla la Vieja. Sin embargo, des-

pues de la competente reprehension por su impertinencia, proseguí. — « Yo te saludo, ciudad de recuerdos y de glorias, rival de la imperial Toledo, que mereciste que en las Córtes de Alcalá te otorgara el rey D. Alonso XII la primacia en hablar cuando dijo : « Hable Búrgos, que yo lo haré por Toledo : » á ti, ciudad de los concilios y de las Córtes, de los Alonsos y de los Fernandos, de los Mendozas y los Pachecos : á ti patria de los valientes y sobrios castellanos que armados de carabinas y de chuzos, y vestidos de calzon corto y média de seda salieron á batir y domeñar el año ocho de este siglo las formidables huestes napoleónicas, orgullosas con los laureles de Austerlitz, Jena y Friedland, cuya noble arrogancia si no fué coronada por el éxito, demostró al ménos el ciego ardor de los castellanos por la independencia de su patria ; á ti, que lo mismo diste en los siglos pasados campeones y adalides en las guerras que has dado en este siglo Diezes y Collantes en los pronunciamientos. »

De esta manera saludaba yo Fr. Gerundio á aquella ciudad de memorias históricas desde las orillas del espeso monte que poco ántes de llegar se encuentra, cuando el buen Pelegrin me llamó de repente la atencion diciendo : — « Señor, señor, mire Vd. como corre y como brinca por allí un conejito ; viva la libertad absoluta ! Si tuviera aquí una escopeta, desde aquí mismo le alumbraba un tiro que le hacia caer dando vueltas. » — « Bravisimo, señor lego, bravísimo ! Con que « viva la libertad, y si tuviera aquí una escopeta desde aquí mismo le alumbraba un tiro ? » — ¿ Así entienden muchos la libertad, Pelegrin ; libertad para perseguir al inocente cuando bien les venga, y para tirarle un tiro cuando de su destruccion les pueda resultar provecho. Y sobre todo, ¿ te parece que un miserable conejito es cosa para llamar la atencion de un viajero observador y reverendo que va buscando cosas de bulto y de sustancia ? — Señor, esta de mucho bulto no es, pero de sustancia debe serlo, que los conejos de esta tierra tienen fama de muy sustanciosos ; además que un viajero pienso que no debe despreciar nada de cuanto vea, aunque parezcan cosas menudas, que todo podrá venirle bien, y de cosas me nudas se sirve Dios, y á veces hace con ellas mas que con los grandes.

En esto observó un gran edificio que á la derecha en una colina se veia. ¿ Qué es aquello de la derecha, mi amo ? me preguntó. — Aquella, le contesté, debe ser la famosa Cartuja de Búrgos, ó sea de Miraflores, que este nombre la dió D. Enrique III su fundador, miéntras que fué palacio de recreo suyo, pues monasterio

no fué hasta que el rey D. Juan el II lo cedió á la órden de Cartujos. — Y diga Vd., mi amo :

¿ Qué se hizo el Rey Don Juan ?
Los infantes de Aragon
¿ Qué se hicieron ?

— ¡ Válgame Dios, Pelegrin, y qué importunamente has traído esos versos de Juan de Mena ! Si preguntaras :

¿ Qué se hicieron los Cartujos ?
Los bienes que poseian
¿ Qué se hicieron ?
Y sus cuadros y dibujos,
Y las rentas que tenian,
¿ Dónde fueron ?

Por lo demas ese rey Don Juan y su hijo el infante Don Juan ahí deben estar en dos magníficos sepulcros que poseia la Cartuja, y de los cuales no sé qué habrá hecho el gobierno. — Señor, yo no pregunté á Vd. lo que habia sido de esas rentas y demas, porque supongo habrán pasado á la *Mortificacion* como las de todos los conventos. — Así lo creo, Pelegrin, aunque en eso pudiera haber sus mas y sus ménos, pues ahí tienes bien cerca el monasterio de las famosas Huélgas, que es ese que está ahí á la izquierda..... — ¿Cuál, mi amo ? ¿ Ese que se ve allí abajo ? — El mismo : las cuales, segun me han informado, todavía están en posesion de sus bienes y sus rentas lo mismo que ántes del decreto de su aplicacion al Estado. — Señor, ¡ Vd. qué dice ! Y qué privilegio tienen estas señoras Huélgas sobre todas las otras religiosas que no huelgan para que á todas las demas se les haya echado la nacion sobre sus bienes y á estas no ? ¿ Porque sean señoras acaso ? Pues tan señora pienso yo que era una monja ricoleta de lo poco que tuviese como estas Huélgas de lo mucho que puedan tener. — Ya ves, hombre ; como estas señoras tuvieron por abadesas allá en tiempos antiguos, nada ménos que á una Doña Sol, á una Doña Leonor de Castilla, y otras infantas de Castilla y de Leon : como en su iglesia se coronó el rey D. Alonso el Onceno ; como en ella D. Juan el I armó de caballeros nada ménos que á cien señores, etc. etc. — Si señor, pero con todas esas *etcéteras* y esas armaduras, al cabo por eso no dejan de ser unas religiosas como las demas, y si á las otras les han quitado sus bienes, no veo yo razon para que se los conserven á estas, si es cierto lo que á Vd. le han informado. Y vaya Vd. tomando

apuntes de viajes, señor, que esta no dirá Vd. que no es cosa de bulto y de sustancia.

En esto advertí que estábamos pasando el puente que da entrada á la ciudad, y por bajo de cuyos arcos se deslizan las aguas del rio Arlanzon que bañan los bordes del afamado ESPOLON de Búrgos. Á lo largo de este y á nuestra izquierda avistámos cuatro estatuas de piedra que mirán hácia la ciudad, y las cuales, si no me engaño, han de representar á los reyes Don Alonso XI y Don Enrique III, á Rodrigo Díaz de Vivar, y Fernan González. Las unas con el cetro y las otras con la espada en la mano, todas están en una actitud amenazadora y como apostándolas al pueblo y diciendo : « yo os sujetaré, fieros y orgullosos castellanos. » Cuya aplicacion, que parece deducirse naturalmente de la actitud, no sé hasta qué punto y con que justicia pudiera entrar en la mente del escultor.

Apénas pudimos llegar á divisar el elegante arco de triunfo erigido al emperador Carlos V en memoria y al poco tiempo de haber destruido las comunidades de Castilla; el cual artísticamente considerado es de un relevante mérito por su grandiosidad y belleza, pero mirado políticamente, no deja de ser un perdurable padron del despotismo con que el hermano aquel tuvo el gusto de empañar las proezas suyas y las grandezas nuestras de aquella era. De sentir es que los hermanos burgaleses no puedan enseñar al viajero aquella lámina hermosa de piedra, sin obligarle á leer una página de la historia de España grabada con el hierró del despotismo y la opresion.

En las dos horas que allí tenia que detenerse el correo, Tirabeque era de sentir que lo primero que debíamos hacer era almorzar, pero yo le obligué á que diéramos ántes un ligero repaso á la gran notabilidad de Búrgos, á la catedral. Y siendo como fué y no podia ménos de ser un ligero repaso, ya se supondrá que no voy á hacer aquí una descripcion artística y facultativa de ella; que si la desea el gerundiano lector, autores tiene á quienes poder consultar y que lo han hecho con mas inteligencia que lo podria yo hacer. Guiábanos un sacristan, al parecer de la escala mayor de lossacristanes, con permiso sea dicho del hermano D. Joaquin María López, que como no reconoce escala alguna en los empleos del gobierno, no sé si la reconocerá en los empleos de los cabiláos. Entre las curiosidades que nos enseñó aquel conductor sacro-profano (pues si bien por un concepto pertenecia á la iglesia, por otro era del estado civil, puesto que tuvimos ocasion

de conocer á su cónyuge, ó como quien dice, hombre de disciplina exterior eclesiástica como los arreglos y disposiciones que con tanto *beneplácito* del clero está dando á toda prisa y á rajatabla el ministro de gracia y justicia) una de ellas fué *el cofre del Cid*, que se conserva colgado en la pared de una de las capillas laterales de la entrada, y del cual parece que aprecian mucho los extranjeros cada astilla que de él pueden llevar, por llevarnos hasta las astillas de los cofres viejos de nuestros héroes. Y esto no hay que extrañarlo, porque no solo las astillas, sino los huesos mismos de los cadáveres de nuestros insignes varones nos arrebatan de los sepulcros, si nos descuidamos, como sucedió con los restos del Gran Capitan, que yacian en el ex-monasterio de San Gerónimo de Granada, que cuando fueron el año pasado los académicos comisionados á exhumarlos, se encontraron solamente con medio capitan, y creiase con fundamento que la otra mitad habian hallado algunos extranjeros el medio de extraerla y apropiársela. Con que si los huesos no están seguros en los sepulcros, ¿ qué harán los cofres colgados? Y si los cofres viejos corren peligro, ¿ qué hará lo que se guarda en los cofres nuevos?

Contemplaba yo embebecido aquel monumento de nuestras glorias, cuando advertí que faltaba Tirabeque de mi lado. Dímonos á buscarle por toda la Catedral, y al tal niño perdido le hallámos en el templo; pero ¿ cómo y en qué lugar? Frente por frente del *Papamóscas* y mirándole de hito en hito con un palmo de boca abierta; que no sé quién de los dos estaba hecho mas *Papamóscas*. Aguardaba Pelegrin á verle mover las mandíbulas y dar las bocadas al tiempo de sonar la hora del reloj, pero en vano; habíanle los canónigos impedido el ejercicio mandibular para que no sirviese de entretenimiento á los aldeanos y bobalicones, y de estorbo al recogimiento de los devotos. Valiérale mas al diputado electo de cuya admision se trató en el congreso ayer haberse interceptado espontáneamente el uso de la palabra como el ciudadano de la Catedral de Búrgos, y ahorrárase el bochorno de las contestaciones que tan desgraciado resultado le dieron.

Recobrado Tirabeque de su embaucamiento, nos volvimos hácia la capilla del célebre *Santo Cristo de Búrgos*, al cual vimos de léjos, absteniéndonos de acercarnos en razon á estarse celebrando en ella el sacrificio. Tirabeque le rezó muy devotamente un *Credo*, aplicándole, segun me dijo, por el buen resultado de la ley de culto y clero, y levantándonos los dos, y entablado relaciones inmediatas entre el bolsillo gerundiano, mi mano izquierda, y la

derecha del sacristan conductor, que se extendieron en silencio, salimos de la Catedral, tomámos nuestro desayuno, y nos dirigimos á la administracion de correos á esperar la hora de partida.

Aquel dia, ¡ cosa rara ! en la capital de Castilla no se encontró un solo Castellano, y en aquella cristianisima ciudad no se halló un solo Católico.

Es decir (porque no padezca mucho tiempo la reputacion religiosa y española de aquel pueblo), aquel dia no se recibió en Búrgos ni un *Castellano* ni un *Católico* (periódicos). Aviso á la principal de correos de Madrid, aviso á los suscritores á periódicos y desengaño á Gerundios periodistas.

« Al coche, señores, » dijo el mayoral; obedecimosle como doctrinos, y salimos de Búrgos.

Vamos andando.

Mucho me detuve ayer en Búrgos, por lo cual será preciso hacer hoy mas de prisa la jornada. ¡ Ah ! las intenciones buenas son, ¿ pero como he de apresurarme, pobre de mí, si á poco mas de un cuarto de legua se rompió una de las piezas principales del coche, y tuvimos que apearnos todos, y usar de martillos y de clavos, y de abrazaderas, y de tenazas, y hasta del *gato*, y sentimos que no hubiese allí una fragua ó un taller de carruajes, y trabajámos todos como *negros* (perdónenme los ingleses un lenguaje tan contrario á su sistema de emancipacion), y nos llevó la operacion larga média hora?

Yo no diré que este fracaso consistiera en lo descuidados ó mal parados que tenga los carruajes la empresa de postas; porque verdaderamente habia muchos motivos para aquella ruptura; en primer lugar el terreno llano, en segundo el camino bueno, en tercero el piso bien enjuto, y en cuarto que el coche llevaba pocos hombres, bastantes bestias, y casi ningun peso: circunstancias todas que prueban que el carruaje iba bien acondicionado, por cuya razon la empresa no debe ser responsable de los retrasos del correo.

Pero todos los retrasos pueden resarcirse, y el mayoral, siguiendo el ejemplo de las Córtes del año pasado que al principio se llevaron unos cuantos meses sin hacer nada, y luego en mes y medio nos daban á ley por dia, cuando no salíamos á ley por mañana y ley por noche, procuró compensar el tiempo perdido, y pasando velozmente, así á lo Balmaseda, por la Brújula, que

se dice el punto mas alto de España, de no muy grata memoria para el conde Negri, por el fértil y ameno valle de Bureba y por el monasterio de Rodilla, antiguo tránsito de una calzada de los romanos, llegámos mas pronto de lo que habíamos creído á Bribiesca; á aquella linda villa, por cuyo modelo hicieron los Reyes Católicos la ciudad de Santa Fe en la vega de Granada, y en que tuvieron su origen el título de *Príncipe de Asturias*, para el heredero presuntivo de la corona de Castilla, y los condestables del duque de Frias de que hoy es digno ramal el que hace dos años hemos tenido de ministro de Estado y presidente del Consejo de ministros, y que si nos descuidamos nos vuelve, así á lo tonto, á los tiempos en que las Bribiescas se daban en aguinaldo á los Pedro Fernández de Velasco y otras yerbas.

Aunque no hubiera leído la topografia de aquella villa, ni visto la feracidad de su terreno, hubiérame bastado la comida para conocer que era abundante de pan, vino, ganados, frutas, caza y pesca. Esto era lo que á Tirabeque le importaba, y no su celebridad por las guerras civiles contra D. Pedro el Cruel y su hermano D. Enrique, duque de Trastamara; y en la mesa le dejé apurando los postres para ir yo solo á ver de repente los dos estanques de aguas minerales de 50 piés de circunferencia cada uno, y cuyos nombres parecen puestos por algun político de esta época, pues el uno se llama el Pozo *Blanco* y el otro el Pozo *Negro*, si bien no dejan de ofrecérsenos ejemplares de que uno mismo sabe hacer á *blanco* y á *negro* con envidiable frescura.

Entre dos peñas feroces.

Al traves de dos montañas calizas que se van gradualmente estrechando, fuimos desde el pequeño pueblo de Santa María hasta Pancorbo. Aquellas montañas forman parte de los *Montes de Oca*, por los cuales se juntan los Pirineos con las montañas mas setentrionales de España. Yo no sé si sería la identidad de nombre la que movió al ex-ministro *Montes de Oca* á ir á buscar aventuras por aquel país que da entrada á la provincia de Álava, pues no veo qué otra razon pudo impulsar á un andaluz á ponerse al frente de una insurreccion alavesa. Pero dejemos á este desgraciado, que bien cara pagó su temeridad importuna, y coloquémonos con Tirabeque entre las dos peñas feroces que forman la estrecha *garganta*, á cuyo pié está la antigua villa de *Pancorbo*. Al verse Pelegrin entre aquellas formidables rocas que parece